

RAZÓN Y MITO

POR

MARCO SORIA

Ich bin der Geist der stets verneint (1).

1) Nada más contrario al mito que la razón, según la creencia habitual. Aquél es lo falso por antonomasia, lo inventado, la verdad travestida de fábulas; ésta, la facultad humana que disipa las falsedades y revela lo que de cierto esconde el mito. Excluye, pues, el mito a la razón y viceversa, como lo contrario excluye a su contrario. El conocimiento mítico no puede, por definición, ser racional, ni el racional permite la subsistencia del mito, salvo que no haya logrado la razón sino la aprehensión imperfecta de la verdad. Siendo completa dicha aprehensión, se disipa lo fabuloso y aparece la verdad desnuda, amén de los conceptos que adecuadamente la expresen.

Es el mito la interpretación antropomórfica ingenua de los fenómenos naturales, o bien la explicación del destino humano mediante fuerzas y personajes sobrenaturales. Esta es la definición racionalista. En cambio, quienes analizan con mayor atención, advierten en el mito una concepción nacida de la fantasía, la sensibilidad, toda clase de circunstancias geográficas, raciales etc., amén de la inteligencia. Sin embargo, la tesis predominante es la primera, aplicada a toda clase de asuntos: tesis más fácil de entender, apta para calar en la mente del vulgo. Desmitificar, por consiguiente, significa reinterpretar esa realidad adulterada, em-

(1) Mefistófeles, en el *Fausto* de Goethe, pág. 60, de la edición berlinesa de 1966.

pleando conceptos nacidos exclusivamente del discernimiento racional y de la actividad del hombre. De acuerdo con esta idea, pudo Marx sostener que Feuerbach había reducido la religión a la esencia del ser humano, porque todos los misterios de aquélla se resolvían y aclaraban considerando el hacer social del hombre, sus proyectos y obras, pero no los del individuo tomado en abstracto, sino visto en concreto, en su realidad, vale decir el conjunto de relaciones o circunstancias (*Verhältnisse*) sociales (2).

Cabe objetar que con semejante interpretación del mito no se sale del antropomorfismo, sino que más bien, pretendiendo aclarar el primero, se lleva el segundo hasta sus últimas consecuencias: toda verdad depende exclusivamente de la razón humana. Y hasta se puede suponer que entre la interpretación «ingenua» o mítica y la «sabia» o «científica» no existe otra diferencia de la que hay entre lo concreto y lo abstracto. Es «ingenuo» creer que cada planeta tiene su genio especial que lo dirige y mantiene en la órbita fijada, cuidando que el cuerpo celeste no choque con otros; en cambio, los «sabios» conocen que el movimiento planetario se efectúa merced a un complicado juego de fuerzas de atracción y repulsión respecto del Sol. De un conductor personal se ha pasado a uno impersonal: ¿en esto se resume la desmitificación?

2) Consiste el aspecto negativo del proceso en quitar de algo la máscara mítica; el positivo, en devolverle el rostro «científico» que se supone ser el suyo propio, original. Pero, ¿qué se entiende por «científico»? ¿El conocimiento de un hecho por las causas del mismo, sean éstas de la clase que fueren? No, indudablemente. La ciencia se limita a observar los fenómenos naturales y a establecer leyes acerca de la periodicidad de aquéllos. El conocimiento, pues, es sólo de lo general, medible y observable. Y el sentido del progreso estriba en reemplazar todo conocimiento obtenido mediante la aprehensión de causas o esencias, mediante

(2) MARX: *Die deutsche Ideologie*, en *Die Frühschriften* (Stuttgart, 1971), págs. 540 y sigs.

la deducción o gracias a la sensibilidad natural, por el conocimiento nacido de la descripción de fenómenos aparecidos cuando y como lo juzgare conveniente el indagador.

No será la extensión del saber sino aplicación de las leyes, teorías o regularidades obtenidas a objetos nuevos. Toda reflexión o conceptualización de la realidad no es, por lo tanto, otra cosa que substituir una explicación «mitológica» por una «científica». El mero hecho de reflexionar adecuadamente acerca de algo ya entraña el principio que convierte lo falso en verdadero. Sin embargo, si sale uno del limitado círculo de los tratados, laboratorios y universidades, ¡qué inesperado mentís da a tales pretensiones la experiencia!

3) En efecto, resulta curioso que en Oriente pueda la especulación llegar a conclusiones contrarias, por ejemplo a desarrollar de la astronomía aristotélica y ptolemaica una complicada angelología, como lo hace la filosofía de la luz, del persa Sohrevardi (3). O bien, no resulta menos digno de reflexión que otros sabios, como Abenházam, Avicena, Abenjaldún, conocedores de la ciencia de su tiempo (medicina, astronomía, matemáticas, historia, política, cosmografía, arquitectura, mecánica, etc.), jerarquicen los saberes y los hagan culminar con la religión, sin que ésta sufra menoscabo por la presencia de su hipotética rival. De igual modo, el atomismo, considerado desmitificación de la teoría hilemórfica, racionalización de los elementos heterogéneos de la naturaleza y sus hipotéticas cualidades ocultas, y que entre nosotros siempre fue fundamento de sistemas materialistas, desde Demócrito, Epicuro y Lucrecio, es para los teólogos escolásticos del Islam (mutakalímefes) y para la escuela del iraquí Al-Ashari base cosmológica de la creencia en Dios. A mayor abundamiento, toma el budismo como punto de partida de la trascendencia la concepción sensualista de la realidad y el carácter impermanente de esta

(3) Este proceso (que llamaremos «mitificador», aunque en puridad sea una comprensión distinta de la simple razón) constituye asimismo el fundamento del *Paraiso* dantesco.

última, principio, en cambio, para los occidentales de más de una filosofía atea o agnóstica. Huelga decir que ese fenomenismo también lo juzgan los pensadores antiteístas como un racionalizar o volver homogéneo, encarrilable y calculable cuanto se perciba, sin recurso a entelequia alguna (4).

Son de señalar, asimismo, en Occidente innumerables doctos, de primer rango y de todo tiempo y lugar, respecto de los cuales no tuvo la ciencia efecto desmitologizador alguno ni disminuyó la fe; sino que, a la inversa, consolidó las creencias. Bastó para ello que advirtieran los investigadores los límites del conocimiento científico y pusieran de relieve la fecundidad del pensamiento religioso, pues lo emplearon incluso al ahondar el estudio de los hechos de que se ocupa el cultivador de la ciencia. Rogelio Bacon, Leibnitz, Novalis, Steffens, Malebranche, Carlos Gustavo Carus, Clarke, Pablo Florenski, Jung, Alexis Carrel, Eddington, Max Planck, Duhem... son algunos de los hombres que acuden a la memoria, si bien indefinidamente podríase alargar la lista.

En otro orden de cosas, tampoco entrañan necesariamente la racionalización el modernizar la vida, el regularla e incrementar la

(4) También entre ciertos musulmanes es el fenomenismo puerta abierta a lo sobrenatural, como se lee en versos de Jalal AL-Din Rumi y de Abenalfárid.

Adviértase que no se trata en este caso ni en los otros señalados de meras consideraciones ascéticas, de «diferencias entre lo temporal y lo eterno», al estilo del padre Nieremberg, sino de una ontología fenomenista *stricto sensu*.

Para todo lo dicho, cf.: ENRIQUE CORBIN: *Historia de la filosofía islámica*, vol. I (París, 1964), págs. 293, 175; MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ: *Filosofía hispanomusulmana* (Madrid, 1957), parte primera, cap. III, §§ 4 y 5; parte primera, cap. V y parte segunda, cap. V; IGNACIO SAADÉ: *Pensamiento religioso de Ibn Jaldún* (Madrid, 1973), especialmente caps. V, VI, §§ e) y f), VII; FÉLIX PAREJA, S. J.: *La religiosidad musulmana* (Madrid, 1975), págs. 398, 408; JESÚS LÓPEZ-GAY: *La mística del budismo* (Madrid, 1974), pág. 17; LEÓN WIEGER, S. J.: *Budismo chino* (París, 1951), págs. 98 y sigs.; LILIAN SILBURN: *Instante y causa. El discontinuo en el pensamiento filosófico de la India* (París, 1955), págs. 177 y sigs. y *passim*; ALAN WATTS: *Los caminos del zen* (Bungay, Inglaterra, 1976), págs. 66 y sigs.; CHRISTMAS HUMPHREYS: *Budismo* (Londres, 1976), págs. 17, 80, 149.

relación de unos pueblos con otros, disipando prejuicios, disciplinando, dando seguridad, impidiendo confusiones y peleas, etc., todo lo cual significa disponer conforme a un plan lo que ha nacido sin orden ni concierto. Y de nuevo es el Oriente quien demuestra lo vano de muchas leyes históricas apresuradamente establecidas y cuán endeble son las consecuencias que se sacan de ciertos hechos para llevar agua al molino de la racionalización y el progreso indefinido. Así, el petróleo y la inmensa riqueza que había proporcionado su explotación le permitieron al gobierno saudí aumentar la seguridad y comodidad de la peregrinación a La Meca; coordinado y reglamentando cuanto había sido hasta entonces viaje tumultuoso y azaroso. Esto fue causa de que creciera el número de peregrinos desde cien mil, en 1925, a más de dos millones y medio, en 1985, con el medro anejo del fervor y la devoción generales (5).

4) Siempre ha sido la razón una especie del tribunal superior al que se sometían las dudas y errores nacidos de la percepción sensorial o de las propias ideas. Esto es distintivo del ser humano. Ya antiguamente se advirtieron las ilusiones de los sentidos. El caso del palo hundido a medias en el agua y aparentemente doblado, a causa de la refracción de la luz, es una de las más conocidas. La de dos paralelas que se juntan en el punto de fuga, es otro yerro óptico sabido de todos, lo mismo que el color azul, negro o verdoso del mar, o el celeste del aire. Tales distorsiones de lo que es real y otras similares puede subsanarlas el pensamiento o incluso otro sentido distinto de la vista: el palo de aspecto torcido sigue estando derecho al tacto. Sabe la mente que el agua no tiene fuerza para doblarlo. Sabe también que las paralelas mantienen entre sí siempre la misma distancia, cosa de la cual la propia vista puede percatarse, acercándose al punto donde supuestamente se han unido las líneas. Incolora es el agua, lo mismo que el aire, como se advierte mirando alrededor y comprobando la transparencia del último, o cogiendo un poco de la

(5) VARIOS: *The kingdom of Saudi Arabian* (Londres, 1993), pág. 98.

primera: sólo la distancia y la cantidad los colorean. En otras palabras, las aberraciones susodichas de los sentidos se enmiendan fácilmente por medio de unas cuantas consideraciones o mejor empleo de los órganos sensitivos.

Antaño, todas estas explicaciones eran por demás. La mente, con su actitud natural, espontánea, las daba por evidentes. El establecimiento de la verdad atenía a lo real; el último servía de piedra de toque; la experiencia cotidiana conducía al pensamiento y los sentidos hasta el ser. Las propias teorías metafísicas tenían que someterse al testimonio empírico. Por otra parte, no consistía la experiencia en algo artificial; no aislaba los fenómenos, sin parar mientes en si los alteraba o no; era la experiencia común, del hombre que vivía en contacto continuo con las cosas materiales y conocía, casi siempre sin percatarse de ello, otras realidades, ocultas, en que se apoyaban las primeras.

5) En cambio, el mundo moderno ha invertido la relación entre pensamiento, de un lado, y experiencia y realidad, del otro. El primero se ha convertido en dueño y señor del universo, demiurgo que lo construye, altera y destruye a su gusto; y si el objeto de tales modificaciones se resiste, si se opone a una teoría determinada, cabe sostener la falta de carácter científico de lo reacio. Miente la experiencia si no está de acuerdo con la teoría, porque ésta encierra la verdad y es lo auténticamente real. Así se dable crear una clase de experiencia que esté en todo conforme a una tesis determinada, tal como ocurre con muchos resultados de laboratorio, falsificación de piezas paleontológicas, interpretación falaz de estadísticas y multitud de otros casos.

Y aunque no haya una tergiversación consciente, la reducción de la verdad a fenómeno verificable y medible constituye una violencia aún más grave que el engaño premeditado, supuesto que no se reconozca dicha alteración, como sí lo hacen los sabios que admiten los límites y artificios de su especialidad. Más grave —decimos— porque de lo real desfigurado sólo la sombra queda, y desvirtuado por las circunstancias, como animal doméstico responderá únicamente a lo que se le pregunte y de la forma que

se quiere que responda. Si el hombre, pongamos por ejemplo, se concibe sólo como organismo material, y éste consiste a su vez en una serie de elementos físicos y químicos, porque exclusivamente la materia y sus reacciones son susceptibles de observación y medida, toda experiencia acerca de un objeto así transformado tendrá que corresponder a las premisas de la transformación, y las características del mismo que no estén de acuerdo con aquéllas habrá que estirarlas o recortarlas, según el lecho de Procusto de la teoría. La vida estará formada de encadenamientos moleculares o de cualquier otro proceso de índole material; el pensamiento será manifestación de un fluido eléctrico o de reacciones químicas inherentes a la fisiología de las células cerebrales. Y así sucesivamente.

El universo, dispar y variable, se interpreta mediante conceptos homogéneos que, de un lado, dependen del mayor o menor ingenio de su autor, y de otra, para no perderse en abstracciones sin sentido, pretenden verse corroborados a cada momento por fenómenos excogitados para confirmarlos. Porque los conceptos científicos son, si bien se mira, convenciones cómodas para describir una realidad manipulada, y las leyes físicas, meras generalizaciones de fenómenos observados. Como dice Eduardo Le Roy: en las ciencias naturales, «el sabio crea el hecho».

6) No es la razón hipertrofiada sólo instrumento para discernir la realidad; también saca de la nada esa realidad, a la que, así surgida, pretende con demasiada frecuencia considerarla original e indiscutible. Ya la abstracción tomista convirtió los objetos de la experiencia en algo totalmente diverso de lo que eran en el mundo, porque la verdad de los mismos y lo único que le interesaba al filósofo consistía en la esencia de las cosas, genuino principio ontológico. Esta tesis o actitud no quería, con todo, negar la realidad y además sostenía que la intelección era el conocimiento adecuado, trasmutación de lo sensible en conceptos. A mayor abundamiento, propugnó Santo Tomás que el objeto primero del conocimiento era el ser (6), si bien quedó ambiguo

(6) Por ejemplo, en la *Suma teológica*, I, q. 5, a. 2, *in corp.*: *Primo*

el sentido que a la palabra «ser» se le daba: si indicaba el autor con ella la esencia realizada, o el acto de existir como opuesto a la posibilidad, o la existencia física. Resultaba harina de otro costal el conciliar el realismo gnoseológico con la teoría tomista del conocimiento; pero de ninguna manera cabía hablar de ruptura, sino de una armonía cuidadosamente buscada.

Asoma la contradicción entre pensamiento y realidad en las teorías filosóficas y cosmológicas de Descartes y Espinoza: las hipótesis se presentan como tesis inconcusas y sirven, ajenas casi siempre a toda experiencia y ateniéndose sólo a la lógica, para explicar esa experiencia desdeñada, que, sin embargo, se concibe paradójicamente como arranque o prueba de ideas nacidas en el gabinete de los filósofos (7). Y decimos que asoma, porque estos pensadores, influidos por el realismo de sus predecesores, sobre todo escolásticos, pretenden sólo explicar hombre y mundo con ideas claras, sacando a luz sus causas ciertas y las reglas universales de la naturaleza. En esto se distinguen —creen ellos— del vulgo, que emplea la imaginación en sus especiosas aclaraciones (8).

Triunfantes el romanticismo y la oposición irreductible entre mundo exterior y subjetividad, estalla la contradicción entre razón y ente, *ens*, lo que es, y adquiere rango de principio general en la dialéctica hegeliana. Esta prescinde de la experiencia como fuente de saber, ateniéndose de forma exclusiva a un curso inma-

autem in conceptione intellectus cadit ens; quia secundum hoc unumquodque cognoscibile est... Unde ens est proprium objectum intellectus; et sic est primum intelligibile, sicut sonus est primum audibile.

(7) *Ordo et connexio idearum idem est* —dice Espinoza—, *ac ordo et connexio rerum* (Ética, parte II, prop. VII).

(8) Cf. ESPINOZA: *op. cit.*, parte I, apéndice, en *Benedicti de Spinoza opera quotquot reperta sunt. Recognoverunt J. van Vloten et J. P. N. Land*, vol. I (La Haya, 1913), pág. 72. Véase también parte III, prólogo. Tocante al presunto respaldo del sistema por la experiencia, es instructivo el cotejo de los *Principia philosophiae* cartesianos con la refundición de este libro, según ESPINOZA: *Renati des Cartes 'Principiorum philosophiae' pars I et II, more geometrico demonstrata*, especialmente las partes II y III, págs. 143 a 184 de la edic. cit., vol. IV.

nente o virtualidad de las ideas, y valora el concepto formalmente como la verdad y al mismo tiempo lo opuesto del objeto conocido. Según el gran pensador germano, nada es verdadero salvo cuando está conceptualizado, por lo cual sólo es verdadera una cosa al estar pensada. Además, la dialéctica propia de tal sistema no es mera reflexión que supere definiciones aisladas y las relacione a unas con otras, sino específicamente la negación expresa de la unilateralidad y limitación de cualesquiera entidades o conceptos en una idea superior a los mismos. Esta idea los anula y en ella se recuerdan como fases transcurridas, como algo que fue y ya no es ni volverá ser jamás; no subsisten sino fosilizados (9).

(9) El pensamiento hegeliano, que resulta mucho más claro en la versión original que cuando lo traducen en español germanizado o lo desvirtúan con paráfrasis a la francesa, no deja lugar a dudas acerca de dicha mudanza radical. Basándose en la legítima necesidad de entender y reflexionar, altera el filósofo la realidad, pretendiendo convertir el ente en idea, lo real en un proceso intemporal de conceptos que fluyen unos de otros, atendiendo a categorías lógicas y conocimientos de toda clase. Así se desprende de las citas siguientes, tomadas de la *Enciclopedia resumida de las ciencias filosóficas (Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften in Grundrissen)*, edición hamburguesa de 1959:

«§ 5. Zum Behufe einer vorläufigen Verständigung über den angegebenen Unterschied und über die damit Zusammenhängende Einsicht, dass der wahrhafte Inhalt unseres Bewusstseins in dem Übersetzen desselben in die Form des Gedankes und Begriffe erhalten, ja erst in sein eigentümliches Licht gesetzt wird, kann ein anderes altes Vorurteil erinnert werden, dass nämlich, um zu erfahren, was an den Gegenständen und Begebenheiten, auch Gefühlen, Anschauungen, Meinungen, Vorstellungen usf, Wahres sei, Nachdenken erforderlich sei. Nachdenken aber tut wenigstens die auf allen Fall, die Gefühle, Vorstellungen usf in Gedanken zu verwandeln»;

«§ 81. Das dialektische Moment ist das eigene Sichaufheben solcher endlichen Bestimmungen und ihr Übergehen in ihren entgegengesetzte...».

«Die Dialektik dagegen ist dies immanente Hinausgehen, worin die Einseitigkeit und Beschränktheit der Verstandesbestimmung sich als das, was sie ist, nämlich als ihre Negation, darstellt. Das Dialektische macht daher die bewegende Seele des wissenschaftlichen Fortgehens aus und ist das Prinzip, wodurch allein immanenter Zusammenhang und Notwendigkeit in den Inhalt der Wissenschaft kommt, so wie ihm überhaupt die wahrhaftige, nicht äusserliche Erhebung über das Endliche liegt».

(Subrayó el autor.)

Así coinciden conocimiento en general y desmitificación, de acuerdo con la definición racionalista del mito, que antes indicamos.

7) Hace ya tiempo Scheler y Husserl reivindicaron el positivismo para llevar a cabo análisis; pero no el grosero y antime tafísico por principio de Comte, sino el que consistía en observar el hecho y describirlo fielmente, procurando no desvirtuarlo, de tal modo que lo religioso, lo estético, lo erótico o cualquier otro aspecto o propiedad similar del ser mantuviese su peculiaridad y no desapareciera mediante las pseudoexplicaciones a que tan aficionadas son las ideologías en boga. Y aunque esta fenomenología (que nada tiene que ver con el fenomenismo sensualista) adolezca del defecto de no determinar si al objeto o suceso estudiado corresponde fuera de la conciencia algo real, tiene el mérito invalorable de reconocer la autonomía de cosas, acaecimientos, presencias, formas que no son reductibles a moldes, medidas ni comprobaciones arbitrarias, ya que proceden de un origen extrarracional, no se suscitan libremente, son entidades independientes de cálculos y previsiones. A pesar de las tachas que pueda ponerle una teología dogmática ortodoxa, con fruto han empleado este modo de examinar lo religioso Gerardo van der Leeuw, Bernardo Groethuysen, Rodolfo Otto.

Dice Wálter Benjamín: «Es imposible la experiencia». Por desgracia, esta paradoja resulta cierta, puesto que las cosas han desaparecido, al menos en la inteligencia del cognoscente, cubiertas por una capa de ideas de la índole más dispar y por la tesis general de que todo lo que existe tiene un sentido muy diverso del aparente, contradiciendo la verdad de las cosas cuanto conoce la experiencia ingenua y aun la reflexión ignorante de las alquitaradas interpretaciones dialécticas. Claro está, por lo tanto, que es imposible la experiencia genuina, mientras el pensador y su público se nutran de ideas preconcebidas, como niños que miran a través de vidrios de colores y ven las cosas teñidas del tono correspondiente. Benjamín, comunista, critica la deformación del mundo y del hombre; pero quizá nadie los haya deformado tanto,

si exceptuamos a los liberales, como los correligionarios del escritor alemán. Cuando a Lenin intentaban refutarle sus teorías, aduciendo las características de la realidad, respondía: «Tanto peor para la realidad» (10). Y de acuerdo con este criterio de absoluta arbitrariedad transformó su desgraciado país.

De otro lado, la realidad, negada por sofismas empollados en los gabinetes de pensamiento, no deja de retornar por sus fueros, y lo hace de forma brutal, despertando a los soñadores mediante el dolor, la enfermedad, el hambre, la guerra, la muerte. Entonces se encuentra el hombre cara a cara con su verdad y la verdad del mundo, a pesar de todas sus teorías disfrazadoras:

Naturam expelles furca, tamen usque recurret (11).

Y suele la forma catastrófica de retorno a la experiencia ser efecto de la mismas ideas con que se adulteró la creación y que dan un fruto inesperado, amarguísimo, pero correspondiente a la raíz de la cual brotan.

8) Separada la razón del ser, convertida en criterio único de lo verdadero y lo falso, se eleva por encima de cualquier límite que debiera imponerle la índole de las cosas conocidas. Es instancia gnoseológica suprema, diosa, tal como la entronizó la revolución francesa. Mas, como no existe la razón en abstracto, sino que más bien existen razones diversas, teorías hijas de los distintos ingenios, sistematizaciones que obedecen a la mayor o menor habilidad especulativa de un ideólogo, son estas teorías

(10) Citado por MAURICIO PALBÓLOGO: *La Russie des tsars pendant la grande guerre*, vol. III (París, 1923), pág. 308, nota del veintiuno de abril de 1917.

Hasta dónde puede llegar la tergiversación, lo demuestra la conferencia de Bernardo Rousset: «Por qué interesa hoy Boehme a un marxista?», aportación al homenaje de la universidad de Picardía al filósofo alemán, publicado con el título de *Jacob Boehme* (París, 1979), págs. 125 y sigs. Es tan forzada la exégesis, que parece el autor hablar de algo totalmente ajeno al tema fijado. Al final hacen sonreír los disparates.

(11) HORACIO: *Epístolas*, I, epist. 10, verso 24.

las que se aplican al objeto del conocimiento de forma férrea. Según la época y las preferencias del pensador, la ciencia omni-interpretativa es la economía, la política, la sociología, la historia, tenga o no una cosa relación con el asunto particular de cualquiera de estos conocimientos.

9) Hemos mencionado la tesis de Feuerbach, que pretendía deducir la esencia de la religión de las circunstancias sociales y los afanes humanos *de pane lucrando*. Según su discípulo trevirense, el cristianismo transfiguraba la realidad en sentido negativo, como autoenajenación del hombre de sí mismo y de la naturaleza, convertido en ser fantástico e ignorante de las necesidades prácticas de la existencia; y el judaísmo, por su parte, lo hacía como sumisión total al dinero, la venalidad y el chالaneo, habiendo logrado así el dominio de la economía. De este modo, el esclarecimiento religioso cabía comprenderlo como una emancipación de la sociedad respecto de ambos credos, con la consiguiente modificación de la propiedad y las clases sociales (12).

10) Un aspecto muy importante de la adulteración religiosa procede de la hipercrítica de los textos bíblicos, y algo parecido se puede sostener de otras escrituras sagradas. Trátase la Biblia con el prejuicio, emanado de la filosofía racionalista, de que no difiere aquélla esencialmente de cualquier libro donde se recojan tradiciones o creencias. Su especificidad, o sea el sentido religioso de la misma, con todo lo que entrañe de símbolo y misterio, carece de importancia cuando se intenta determinar el origen y vicisitudes de la obra y penetrar en su significado. Son sólo la crítica literaria (ya Bayle pretendía que únicamente la gramática servía de clave para la exégesis), la arqueología, la antropología, la historia comparada de las religiones, los conocimientos que dan en esta materia la pauta de la verdad. En cambio, la conservación de los textos por la sinagoga y la Iglesia; la canonicidad de los mismos, su interpretación por doctores de ambas institu-

(12) *Zur Judenfrage*, en la edición citada, págs. 206 y sig.

ciones, el desarrollo constante de la tradición, la existencia de un sentido típico, la confirmación de unos libros de la Sagrada Escritura por otros, el proceso de un plan redentor en sus numerosos episodios, todo el ingente testimonio de hechos, saber, fe, predicciones cumplidas, o sea el sentimiento religioso particular que late en las páginas sometidas a tan particular hermenéutica, dase de mano por quienes las estudian carentes del sentido y la inteligencia necesarios para advertir algo más que una teoría corroborada. Como si al contemplar una casa, se limitara el arquitecto a considerar ladrillos y pedruzcos, ciego para la necesaria disposición de los materiales (12 bis).

11) Del arte se pretende igualmente ser secuela de la política, de modo que los valores estéticos no procedan de la sensibilidad ni deban juzgarse mediante nociones peculiares, sino que sean fruto de la voluntad de un régimen determinado. Así palacios, catedrales, jardines, estatuas, cuadros, grabados, relieves se llevan a cabo exclusivamente para honor y gloria de los poderosos; los artistas carecen de inspiración específica; apenas se les reconoce una habilidad interpretativa mayor o menor de cuanto ordenen los magnates. Son el genio y el buen gusto sólo política. En virtud de un decreto surge la belleza, conforme a una decisión burocrática, siguiendo el capricho de cualquier déspota.

Convergamos, sin embargo, en que con cierta frecuencia el

(12 bis) Otro ejemplo de esta tergiversación absoluta del conocimiento religioso es el de juzgar los fenómenos místicos en exclusiva mediante la crítica literaria. Recordemos el caso del misticismo carmelita español, reducido según estas teorías a ser apéndice de influencias renanas, flamencas o musulmanas andaluzas. Los apologistas de tal interpretación no se percataron ni por asomo de la peculiaridad del fenómeno estudiado, aparte de la influencia auténtica o no (tanto da lo uno como lo otro para la ocasión presente). Por su origen, propiedades y efectos infinitamente superan tales vivencias cualquier causa natural. Y de haber sin discusión influjo doctrinal, concordancias estilísticas e igual conocimiento infuso en místicos de distintas escuelas y filiaciones religiosas, en todos ellos habrá también que reconocer el mismo hecho trascendental, inabarcable por minucias de giros, frases y tópicos.

poder público pretende imponer su gusto a los artistas. De la estética del comunismo es bien sabido que estaba al servicio de la ideología oficial, milenarismo laico, pseudorrealista, obligadamente optimista. Por su parte, los adoradores de la razón en el siglo XVIII proscribieron los autos sacramentales, condenaron el estilo barroco, pretendieron sujetar la imaginación de los artistas, imbuyendo en las construcciones esa heladora frialdad de panteón que paraliza al espectador, cuando éste entra, por ejemplo, en el templo neoclásico de Santo Domingo de Silos, anejo al monasterio, realizado según los planos de Ventura Rodríguez y para construir el cual destruyeron los bárbaros nuevos una hermosa iglesia románica (13).

12) El lenguaje refleja, a su vez, como un espejo sólo la estructura social y económica de la gente que lo habla, si creemos a nuestros teorizantes. Su morfología y su sintaxis tienen mucha mayor relación con la esclavitud, los impuestos, la organización agrícola o industrial, la comida, el régimen político, las revoluciones, que con la anatomía y funcionamiento del aparato vocal, la comodidad prosódica, la lógica, la capacidad de expresión, la eufonía, la agudeza perceptiva de un pueblo, el espíritu y las tendencias de determinado idioma. Sus cambios indicio son también de los correspondientes cambios de poder económico y político. Verbigracia, la diferencia de género en los pronombres y las conjugaciones árabes es señal de la dispar situación del hombre y de la mujer en la sociedad islámica. No menos demuestra la mentalidad «reaccionaria» árabe la derivación, como regla casi universal, de substantivos, adjetivos, verbos y adverbios partiendo de su raíz correspondiente, a la cual tienen todas estas palabras necesaria y expresamente que referirse. También el polaco da ejemplo de cierto predominio masculino, según tal interpretación filológica, porque en el pretérito perfecto de los verbos la tercera per-

(13) Tocante a la política directriz del arte, cf., entre muchos otros autores, los consejos que da Antonio Ponz en su *Viaje de España*, tomo I, carta 2.^a, §§ 44 y sigs.; carta 4.^a §§ 50 y sigs.; tomo VII, prólogo; tomo XII, carta 5.^a, §§ 68 y sigs.; tomo XVII, prólogo.

sona del plural tiene la desinencia «li» para los varones y «ly» para las mujeres, animales de ambos sexos y cosas. De esta forma se dice, usando el verbo «być», «ser»: «Mezowie byli», «Fueron los maridos», pero en cambio «Konie byly», «Fueron los caballos»; «Krowy byly», «Fueron las vacas»; «Sostry byly», «Fueron las hermanas». El japonés, de su lado, emplea distintas formas de adjetivos, verbos y pronombres, de acuerdo con la condición social de los interlocutores, o sea que traslada a la gramática una jeterarquía de origen militar y agrario muy rígida.

Agudas quizá parezcan algunas de estas apreciaciones u otras *ejusdem farinae*; pero no explican por qué el turco, por ejemplo, lengua de un país donde estaba la mujer tan sometida como en Arabia, no distingue los géneros ni en el artículo indefinido, ni en los pronombres y verbos conjugados. Ni explican la diferencia de género de los substantivos, adjetivos y algunos pronombres de casi todos los idiomas indoeuropeos, cuyos pueblos no habían sojuzgado a las féminas hasta el extremo de algunos orientales. Ni piensan que tales diferencias lingüísticas y mil otras que pudiéramos aducir nacen no de una estructura política o social, sino de la naturaleza misma y de la perspicacia para echar de ver la varia realidad.

13). También la historia sufre de la dolencia señalada. Toda la materia de esta ciencia es susceptible de interpretación de acuerdo con una teoría determinada, y conforme a la misma varía el conocimiento y juicio de los hechos. Si es necesario para conocer un suceso o, mejor dicho, para describirlo, saber dónde, cuándo y cómo pasó, quiénes lo realizaron, qué propósito tenían, cuál era su cultura y creencias, amén de mil otros pormenores análogos. Pero toda esta indagación no sirve para aprehender lo que se estudia, sino para entenderlo según las teorías del cognoscente. Menos importan las características de un acontecimiento que la comprensión personal del mismo, su condición de alegoría o símbolo de las teorías del historiador. Es, pues, la ideología elemento fundamental del conocer histórico, o sea la sistematización de la realidad hasta formar una trabazón de prejuicios.

Y como observación, estudio y descubrimiento de lo acaecido están determinados por el conocimiento, la índole y los intereses del investigador, nunca se llega a conclusiones definitivas: todas son provisionales aunque no inútiles, supuesto que se atiende siempre al hilo interpretativo conductor. Un magnicidio, pongamos por caso, está justificado si contribuye a incrementar la libertad popular, unificar el estado, fomentar la ciencia o llevar a cabo cualquier otro empeño de los que estén en boga o se consideren favorables al progreso. Huelga decir que todos estos términos («libertad», «estado», «ciencia»...) tampoco se entienden de modo universal y unívoco, sino que todos ellos se interpretan equívocamente, atendiendo a la ideología que profese el estudioso de turno.

Este pseudoconocimiento desfigura, asimismo, de otro modo la realidad. Más que como ciencia de lo pasado, es decir memoria que comprende la causa de lo sucedido, se la considera a modo de simple archivo de acontecimientos que carecen de otro orden, relación o articulación que no sea la mera cronología. Diríase que en esta ocasión, por lo menos, conócense los hechos sin distorsionarlos; sin embargo, tampoco se juzgan conforme a sus características. De nuevo es una teoría el medio explicativo. Se supone que los acontecimientos históricos son eventos surgidos al azar y que se explican por sí mismos. Su origen es irrelevante, igual que sus características y su fin. Cuando existe una causa innegable de los hechos históricos, esa causa adquiere importancia no tanto por haber generado una serie de efectos, sino sencillamente por haber existido. Lo que de los sucesos importa es su simple presencia; la historia se limita a recordar tal presencia.

Parejo con este método está el deshumanizarse de la narración. Matanzas, emigraciones forzadas, destierros, torturas, encarcelamientos se reducen a ser hechos escuetos, referidos sin emoción alguna y caracterizados a lo sumo por cifras. Diríase que la historia no trata de hombres, sino de sucesos abstractos o, mejor dicho, de conceptos tales como «agricultura», «propiedad», «industria», «ejército», «clases sociales», «producción» y otros mil luchadores de una ideomaquia donde no existe el dolor,

nada se destruye, nadie muere. Recordar las vicisitudes de las personas se califica desdeñosamente de anécdota.

Concepción propia de la era de los ficheros y ordenadores, que abrevian al mínimo la reflexión, convirtiendo el suceso en simple dato estadístico. Concíbense planos los hechos, a modo de los fotogramas cinematográficos, sensación o presencia pura, sin elemento inteligible alguno. Esta suele ser la forma de relatar de muchos historiadores anglosajones modernos, de imperturbable frialdad y fidelidad a lo real, si se juzga *prima facie*, sin inclinarse ni a derecha ni a izquierda, como el espejo que pretendía ser la novela realista: la historia de la revolución rusa, escrita por Carr; *Los orígenes de la segunda guerra mundial*, de Taylor; el tono que domina en la mayoría de los artículos historiográficos que se leen en las ediciones últimas de la *Enciclopedia británica*; las obras acerca de las revoluciones española y cubana, de Thomas, e infinidad de otras (14).

14) De la negación ontológica de un término indeseado da ejemplo el materialismo craso, que, contra la experiencia interna y contra el discernimiento espontáneo de la realidad exterior, concibe el pensamiento como mera actividad de la materia orgánica, cuya vida nace a su vez de un complejo sistema de acciones y reacciones fisicoquímicas. Pero cuando resulta imposible por absurda la negación de un elemento de la realidad, procura la razón hacerlo desaparecer en la práctica, enfrentándolo con un contrario suyo, desacreditándolo cultural o políticamente.

La filosofía que nos ocupa convierte, de esta forma, la diferencia en antagonismo insoluble y trata de resolver la multiplicidad en unidad violenta. No importa que esa batalla se riña no en nombre del racionalismo, sino de entidades distintas de la razón: tal «irracionalismo» es tan teórico, abstracto, arbitrario y parcial como los preceptos sobre el teatro, del abate d'Aubignac, o los juicios de Voltaire acerca de autores como Dante, Homero

(14) Hay que señalar, sin embargo, que otros autores (Malefakis, Jackson, Bullit, Chomski, Liddell Hart...) roman apasionadamente partido.

y Milton. Se concibe, entonces, el espíritu a modo de lo contrario de la voluntad de vivir, la fuerza viril, la sangre y su función animadora de todos los órganos, la raza, la existencia física misma, según el esquema ideológico que guíe al pensador. Igualmente, cualquier carácter del ser humano resulta superior a la inteligencia, y ésta se acepta a duras penas, convertida en razón técnica o en facultad destinada a satisfacer las necesidades materiales. De acuerdo con tal postulado, afirma Hayek, uno de los ídolos del liberalismo moderno, que «lo que llamamos entendimiento no es, en último extremo, sino la capacidad de reaccionar ante el medio con un tipo de comportamiento que contribuya a facilitar la supervivencia» (15).

Cabe encontrar esta oposición expresamente desarrollada en los libros de Schopenhauer, Nietzsche, Klages, Spengler; en las ideas que forman la trama de ciertas novelas de Tomás Mann; en las tesis citadas de Marx y sus discípulos. En todos los casos es radical la contradicción, de modo que uno de los rivales sólo puede subsistir si subyuga a su antagonista, ya se conciba el «espíritu» como religión, enemiga de la vida; ya como iglesia ajena al *genius ethnicus*; ya se establezca una discordia insoluble entre guerrero y sacerdote; ya se ensalce la zafiedad y hasta cierta barbarie a expensas de la cultura; ya se conciba superior la vida salvaje, incluso en sus formas más primitivas, a la civilizada. Hemos mencionado a alemanes partidarios de esta actitud mental o prejuicio; pero no vaya a creerse que atribuimos el error a toda una nación, cayendo así en el mismo foso donde otros se precipitaron. A la inversa de los anteriores, el cristiano Novalis observa que la mejor filosofía trata de la unión entre el espíritu y la naturaleza, del «matrimonio» dice expresivamente el autor de los *Fragmentos*, eludiendo términos incoloros (16).

(15) *Derecho, legislación y libertad*, cit. por JUAN ANTONIO WIDOW: «Saber, verdad y lenguajes», artículo publicado en la revista *Philosophica*, de la universidad católica de Valparaíso, número 13 (año 1990), págs. 99 y sig.

(16) *Die höhere Philosophie behandelt die Ehe von Natur und Geist*, en *Werke* (Múnich, 1981), pág. 447.

15) La razón, pues, esta razón inflada y alargada, no explica, ni aclara ni discierne, sino que transforma la realidad, cuyos elementos característicos, sean sensitivos, mnemónicos, imaginativos o intelectuales, considéranse inciertos en tanto no se sometan a la correspondiente metamorfosis. ¿Es de extrañar, entonces, que para aprehender la verdad muchas veces haya que apartarse de la razón, protegerse de ella, abroquelándose en el dogma o la certeza extrarracional, porque está más cerca de la realidad el mito que las logomaquias autobautizadas científicas?

Mas, concediendo que todo deba someterse al examen racional, ¿no será conveniente o, mejor dicho, lógico que la propia razón se analice a sí misma, se critique, como diría Kant, y justifique esa competencia universal que se arroga? Numerosas son las protestas contra los abusos de la racionalización, no sólo por boca de la religión y el arte, cosa comprensible, puesto que sus respectivos objetos se esfuman en un maremágnum de interpretaciones, referencias y deducciones: los propios filósofos suelen defender la peculiaridad irreductible de ciertos conocimientos y sentimientos, a veces filósofos que deberían ser devotos discípulos de la ilustración francesa y sus consecuencias, como por ejemplo el marxista Horkheimer.

16) Curiosamente, adopta la razón la actitud del mito, volviéndose sinrazón fortificada. Mediante una especie de *Diktat* gnoseológico, afirma estar todo sometido a su influjo y autoridad, situándose por encima de cualquier crítica o examen de sus postulados. La tesis de ser todo razonable o racionalizable no se discute como principio. Pretenden corroborarla multitud de teorías, ya vengan de las ciencias naturales (a pesar de la precariedad de sus conclusiones, señaladas por los científicos más lúcidos y honrados), ya de las especulaciones filosóficas, ya de una lingüística que concibe el lenguaje usual como mera creación arbitraria y utilitaria, plagada de esquemas ilógicos, imprecisiones y confusiones que sólo disipa el progreso del análisis racional. Esta concepción totalitaria, aunque por lo común no esté claramente formulada, existe a modo de instinto a cuya terquedad no le importan

dificultades, demandas y distingos de los adversarios. Lo demuestra en mil asuntos concretos la vida cotidiana.

Intente quien pretenda aclarar la verdad contra cualquier convencido, aunque sea éste persona medianamente culta; que las ciencias naturales no abrazan la realidad completa, puesto que se limitan al aspecto fenoménico del ser, y aun este aspecto lo consideran conforme a muy estrecho alcance. Que, por lo tanto, existen entidades que esta clase de conocimiento nunca comprende exhaustiva ni definitivamente, puesto que, variadas las circunstancias u observado un suceso heteróclito, cambia también la ley o principio inducido de la experiencia. Inténtelo y comprobará la inanidad de su esfuerzo, por hábilmente que arguya: contra el prejuicio no cabe argüir. Trate de demostrar que existen tradiciones, textos, instituciones, prácticas de diversa índole, idiomas, vínculos entre los hombres, sentimientos y mil otros aspectos de la vida, inanalizables en parte, porque tienen un núcleo que no puede captar el conocimiento abstracto, como se escapa el agua de las mallas de una red; que, además, no cabe reproducirlos artificialmente o encerrarlos en expresiones matemáticas, porque son impredeciblemente espontáneos y su complejidad no pueden abarcarla los números. Trate de probarlo y verá cómo le contestan con mil sofismas que se arrojan la facultad de aprehender realidades intuitas, creídas, recordadas, sentidas o veneradas, cuando quien así responde está ciego y sordo para un amplísimo campo del ser.

17) Uno de los productos más exitosos del racionalismo es la democracia liberal: leyes homogéneas, ciudadanos iguales jurídicamente, gobierno de todos, voluntad general, parecidas costumbres, aspecto idéntico de la gente. No existen fastidiosas heterogeneidades inasimilables unas por otras. Todas las diferencias las empareja la razón, todas las mide con un rasero invariable. Es un sistema simple y muy fácil de comprender y de acreditar, hasta el extremo de que suscita el entusiasmo y aun el fanatismo.

Objétele, entonces, un ingenuo desfacedor de errores a un partidario de la democracia los inconvenientes que suele este ré-

gimen tener, y verá con sorpresa que, lejos de considerarlo un sistema de gobierno adecuado o inadecuado según los casos, el fiel de esta religión política la estima única justa, única legítima, única capaz de preservar la libertad y de administrar con tino la cosa pública. Cualquier otra forma de organizar la sociedad y regirla le parece injusta y desatinada, porque no se apoya en la voluntad de la mayoría, existencia de un parlamento, organización de partidos, propaganda electoral y demás bambolla y perendengues del tinglado. Se ha convertido, pues, la democracia en dogma y su defensa puede ser en ocasiones muchísimo más implacable y sangrienta de lo que fue la defensa de creencias de otro género: el bombardeo de Dresde, en 1945; la destrucción atómica de Hiroshima y Nagasaki, el mismo año; la matanza de soldados iraquíes fugitivos, en el camino de Bagdad a Basora, cuando la guerra del golfo Pérsico, convierten en juego de niños el procedimiento y el número de víctimas de las inquisiciones católica y protestante.

Nada importa para ilustrar la materia la liberalidad antigua, que discutía sin prejuicio el origen, ventajas e inconvenientes de la democracia; ni importa el hecho de haber vivido, progresado y sido sabia gran parte de la humanidad, gobernando regímenes distintos de la democracia moderna; ni sirve la experiencia de hogafío, que sí ha comprobado la superioridad democrática respecto del totalitarismo, otras veces se ha percatado amargamente de la fácil conversión de la democracia en olocracia, en oligarquía y hasta en tiranía; ni aprovecha el haberse convencido los ciudadanos de la ductilidad con que sigue la opinión pública a los hábiles moldeadores de la misma, así como de la relativa sencillez con que se crea la voluntad mayoritaria de los electores y la facilidad con que camarillas de toda especie hacen adoptar sus intereses y designios, como si formaran éstos parte del bien común. Democracia es sinónimo de ortodoxia, «constitución del universo en cuerpo cósmico democrático», «redención crítica del universo» (17), «filosofía», «religión», de «carácter absoluto y totali-

(17) JESÚS FUEYO: *La vuelta de los budas* (Madrid, 1973), pág. 518.

zante» (18). Asistimos, pues, a la apoteosis de la ideología liberal, viva como nunca antes, insolente, arrolladora de momento, tras haber triunfado de las ideologías opuestas (19). Cualquier duda acerca de la bondad democrática, cualquier cortapisa que se ponga a la voluntad de la mayoría, cualquier denuncia de las contradicciones insolubles del sistema son otras tantas herejías, más o menos graves, según la índole de las objeciones. Condignos del crimen son los castigos. De los mayores ya dijimos algo; son los menores la proscripción con que punen al hereje los medios de comunicación influyentes: la imposibilidad de discrepar eficazmente, la imposibilidad de hacerse oír.

18) No es de ahora semejante táctica de silenciar enfadosos. Ya se empleó en Francia, durante el lapso transcurrido entre las dos guerras mundiales, cuando ciertos hechos no era dable denunciarlos o preverlos sino en periódicos tildados de extremistas o de escasa tirada (20). Resulta sintomático que el historiador inglés David Irving, autor de un libro notable acerca de la destrucción de Dresde por aviones británicos y norteamericanos, de una biografía poco laudatoria de Churchill, de investigaciones sobre el número de judíos muertos en los campos de concentración alemanes, no encontrase, hace algunos años, local en Madrid para dar una conferencia, o bien, por parte contraria, el filólogo norteamericano Noam Chomsky, acérrimo enemigo de la política imperialista de su país y denunciador de las lacras del

(18) JUAN ANTONIO WIDOW: «La democracia y sus historias», artículo de la revista *Philosophica*, número 14 (año de 1991), pág. 217.

(19) Un ejemplo de este engrandecimiento lo expresa Newton Gingrich, presidente de la cámara de diputados norteamericana, en un artículo donde, a vuelta de algunas amargas verdades sobre los europeos, se afirman las excelencias del sistema democrático, las maravillas de la economía liberal y la ineludible necesidad de que sea Estados Unidos quien acaudille al mundo entero (NEWTON GINGRICH: «Estados Unidos y los desafíos de nuestro tiempo», publicado en el diario madrileño *El País*, de cuatro de febrero de 1995).

(20) Cf. ALFREDO FABRE-LUCE: *Diario de Francia. Marzo de 1939 a julio de 1940* (Trevoux, 1940), págs. 34 y sigs.

neoliberalismo, sólo hubiera logrado publicar la traducción española de su libro *Año 501* en una editorialilla sin acceso a las grandes redes de distribución y publicidad.

Insistiendo en el espinoso tema de los judíos asesinados durante la guerra mundial última, en los tristemente famosos campos de concentración alemanes, es de notar lo que sigue, a modo de aviso de caminantes. Reparos respecto de circunstancias que se pretendan definitivamente confirmadas (existencia de cámaras de gas letal, número de víctimas, nacionalidad de las mismas...), o bien señalar que no fueron sólo judíos los dedichados que allí perecieron, pues también sucumbieron multitud de socialistas, conservadores, gitanos, homosexuales, religiosos católicos, republicanos españoles y, en general, personas de diversa procedencia, nacionalidad y condición, indeseables según el racismo nazi, de tal manera que es un flagrante abuso mencionar sólo a ciertos muertos, en detrimento premeditado de otros; esta audacia antidogmática corre el riesgo de enfrentarse con furiosas refutaciones, cuando no sufrir querrelas criminales, como ocurre en Francia, de acuerdo con la ley Fabius-Gayssot, o como le sucedió al difunto León Degrelle en España (21).

(21) Es curioso que un historiador tan antinazi como el inglés Alan Bullock sostenga, en contra del número acreditado de seis millones de judíos asesinados, que nunca se podrá conocer la cantidad exacta de víctimas, pero que la más probable fluctúa entre cuatro millones doscientos mil y cuatro millones seiscientos mil (*Hitler. A study in tyranny* [Londres, 1978], pág. 702). Para un historiador alemán, Lotario Gruchmann (*Der zweite Weltkrieg*, publicada en Múnich, año de 1967, pág. 208), la cifra de hebreos muertos va de cuatro millones doscientos mil a cinco millones setecientos mil, cifra que sólo se puede conjeturar, a falta de documentos precisos: *Die Gesamtzahl der Opfer der Judenrottung in Europa lässt sich mangels präziser Unterlagen nur schätzen*. Pero téngase presente que Gruchmann toma en cuenta no sólo los inmolados en cárceles y lugares de internamiento, sino también los caídos en batallas, como la de la judería varsovia, y en acciones exterminadoras, como las llevadas a cabo en los países bálticos. Si estos asesinados se sumaran a los sólitos seis millones, ¿a cuánto subiría el número de judíos muertos?

Son muchos los autores que contra corriente intentan aclarar monstruosidades enturbiadas por una propaganda que no cesa, de la que son muestra

19) No menos desconcertante es la contradicción en que incurre la tolerancia, nacida de tener por principio todas las opiniones iguales derechos de expresarse. Si Saint-Just abogaba por que no pudiesen gozar de libertad aquellos a quienes él llamaba «liberticidas», es decir, los enemigos de los excesos revolucionarios, también hoy la tolerancia da muestras de una feroz intolerancia, siempre que se trate de defender opiniones consagradas, dogmas filosóficos, sociales y políticos en boga. El furor con que combatieron Churrchill, Franklin Roosevelt, Truman, Bush y otros por la «libertad» y la «democracia», negándose porfiadamente a cualquier avenencia que impidiese más derramamientos de sangre o los disminuyese, y empleando un salvajismo sin límite contra combatientes y civiles, violando todos los convenios internacionales, prueba también que no luchaban contra intereses opuestos, que siempre cabría conciliar, ni por territorios cuya posesión era dable someter a arbitraje, ni para repeler una agresión, manteniendo la moderación que restableciese la justicia y no permitiese represalias y venganzas que añadieran nuevas y mayores injusticias. Ese furor demuestra hasta la saciedad que la guerra se concebía como cruzada contra una concepción antitética del mundo, del mismo modo como se habían llevado a cabo las cruzadas contra el Islam o contra los albigenses. Mucho se ridiculizó a Jomeini por haber apodado a Estados Unidos «Gran Satán»; sin embargo, ¿qué hacían en Wáshington, incluso mucho antes de que el presidente Reagan llamase a la Rusia bolchevique «imperio del mal», sino concebir como demonio al adversario, llamarase éste Alemania, Irán, Italia, Japón, Cuba, Libia o Irak? ¿Qué hacían ciertos funcionarios del ministerio inglés de asuntos exteriores, tales como Eden y Vansittart, sino diabolizar a Alemania, aunque para ello debieron falsificar burdamente la historia o re-

reciente la apertura de un museo en Berlín y una película del director norteamericano Esteban Spielberg: monstruosidades ávidamente explotadas por el estado de Israel. Acerca de tales historiadores resulta útil consultar el artículo de A. LANDA (pseudónimo): «Revisionistas del holocausto», publicado en la revista *Razón Española* (Madrid, 1991), número 50, págs. 336 y sigs.

chazar cualquier iniciativa de paz, sin importarles la cosecha del odio cifrada en centenares de miles o en millones de muertos?

Naturalmente que para denigrar al adversario rara vez se empleaban calificativos religiosos, ineficaces a los oídos de una sociedad secularizada; se empleaban los adecuados para quienes han cambiado la creencia en Dios por la sumisión a ídolos tan exigentes y sanguinarios como las divinidades asirias o aztecas. El enemigo, concebido conforme al criterio de Carlos Schmitt, delincuente incorregible o rival irreconciliable, era amenaza para la paz, tirano que oprimía a sus súbditos, ambicioso cuyas pretensiones consistían nada menos que en dominar el mundo, hostil a la civilización occidental y mil otras acusaciones similares, algunas de las cuales podían ser ciertas, si bien consideradas en conjunto o exageradas demagógicamente, no formaban sino infundios tan mendaces como los que puso por obra Goebbels o de los que se servían los comunistas. Pero hay que notar que esta propaganda no nacía sólo de la voluntad de políticos y militares; expresaba en realidad toda una serie de dogmas laicos. Expuestos por los medios de comunicación multitudinarios, la enseñanza escolar, los discursos de los gobernantes, eran dichos dogmas fruto de la razón que, librada a sí misma, terminaba siendo religiosidad omni-comprehensiva.

Así fue en el pasado. Hoy sigue siéndolo.

20) Es el evolucionismo otra teoría racionalista que aparentemente permite una comprensión cabal de los hechos, puesto que a todos los incluye en un proceso general y homogéneo.

¿Quién se atreve, entonces, no a refutar, que esto sería excesivo, sino sólo a dudar por un momento del evolucionismo? ¿Quién se aventura, no obstante la enseñanza diaria de la experiencia, a rechazar el optimismo sistemático que pretende ser lo nuevo mejor sólo por ser nuevo, y que no se contenta con defender el progreso realizado respecto de épocas pretéritas en ciertos campos del saber y la actividad, sino que lo extiende absolutamente a todos? ¿Quién denuncia el grosero falseamiento de la realidad,

la ligereza del que ignora el mal para que no le perturbe la digestión, como el Goethe de los versos donde habla Mefistófeles:

(*Ich bin*)... *ein Teil von jener Kraft,
die stest das Böse will un stest das Gute schafft?* (22).

21) Y tomado ese evolucionismo en el sentido más corriente, como ontología o interpretación de la realidad entera, ¿quién imagina que el concepto de adelanto o progreso universal y constante sea sólo una burda simplificación de historia y prehistoria, realizada conforme a generalizaciones y abstracciones apoyadas de matute en datos predelimitados, de dúctil exégesis? ¿Quién, contrariando tal caricatura de la esperanza y la historiografía cristianas, no considera por lo menos la posibilidad de una involución de las especies, a partir de una edad áurea? ¿No correspondería esa regresión mucho más a la precariedad y fragilidad del ser finito que el hipotético desarrollo incesante de fuerzas misteriosas, hijas de una metafísica tan superficial como bien conocida en los manuales de filosofía? ¿Por qué se considera un pterodáctilo menos evolucionado que un murciélago o un mamut que un elefante? ¿No es la evolución un concepto antropocéntrico que, derivado del supuesto desarrollo del hombre a partir de un progenitor semibestial, hasta llegar al *homo sapiens*, se aplica a todas las especies vegetales y zoológicas? ¿No pueden ser los fósiles de antropoides (supuesto siempre que sean auténticos y estén bien estudiados) muestra de individuos o grupos degenerados, desde la normalidad del hombre erecto y pensante? ¿Nadie se percatará de que los fieles de este credo han dispuesto minuciosamente un esquema de desarrollo y fijado en él ciertos puntos o etapas? ¿Que después han asignado a los mismos determinadas especies, convirtiendo subrepticamente la separación que va de unos puntos a otros en un proceso continuo que nadie ha visto jamás, proceso concebido mediante inferencias o teorías sin base empírica intermedia que las respalde?

¿No hay quien denuncie las interpolaciones entre unas espe-

(22) *Fausto*, edic. cit., pág. 60.

cies y otras, las hipótesis presentadas como tesis, y hasta los fraudes destinados a llenar los hiatos de la gigantesca ensambladura de hechos, deducciones, sistemas, clasificaciones, exámenes anatómicos, saber geológico y vínculos imaginados por fecundísima fantasía? ¿Por qué se ha de asignar a la naturaleza inerte y ciega una fuerza inteligente y teleológica, una capacidad creadora y valoradora, aunque sea mediante innumerables tanteos? ¿Por qué, en otras palabras, después de haber despojado a Dios de su influencia en el mundo, se ha metamorfoseado en Dios a la naturaleza, a la que se adora de mil formas, una de las cuales es no discutir jamás sus quiméricas propiedades? ¿No son semejante atribución de poder y el temor reverencial consiguiente filosofía pura y piedad supersticiosa, tan ajenas a las ciencias naturales como pueda serlo la mitología de los papúes? ¿Quién se atreve a tildar de abuso el que como dogma expongan una teoría en la sección paleontológica de cualquier museo y así también la enseñen a estudiantes desprevenidos, que no suelen advertir cuanto de artificio encierra aquello que les presentan con el apelativo indiscutible de «científico»?

Supuesto el esquema evolutivo, resulta lógico que los fósiles se interpreten como indicios de un enorme proceso de desarrollo ontológico, complicación orgánica, diversidad de formas; proceso que va de los tiempos antiguos a los recientes. Los restos más afines el *homo sapiens* se encuentran en capas geológicas nuevas. Cuanto más se retroceda hacia épocas remotas, menos se parecen sus antecesores presuntos al hombre actual. Si el proceso se hubiera realizado a la inversa, deberían los antropoides hallarse en los estratos más viejos y los primates en los modernos. El *homo sapiens* primitivo, lo mismo que el que hoy llena la Tierra, sería una aparición sin precedentes, creación, novedad total, en contra de lo que indican los hechos.

Sin embargo, concediendo que sean auténticos los restos fósiles y haya sido exactamente determinada su antigüedad, ¿cómo saber que representan el estado de toda una especie y no solamente el caso de unos cuantos individuos? ¿En virtud de qué comprobación experimental se realiza esa extrapolación de uno al

todo? ¿Se está induciendo o más bien deduciendo, para probar una tesis determinada? ¿No se ha convertido la conjetura en certeza, como por arte de birlibirloque?

Los homínidos, antropoides, antropopitecos y demás fauna, tan real a veces como las sirenas y los tritones, se refieren al linaje humano a modo de proyectos imperfectos del último. Mas, ¿por qué no considerar en cambio que fueron especies diversas, igual que son diversos gorilas y hombres, lobos y perros, pumas y leones? Ya que se juzgan viables tales esbozos del hombre, ¿por qué considerarlos siempre cual etapas ontogenéticas de aquél y no, como sería natural y lógico, conforme a sus características propias, no atendiendo a las de un animal distinto? ¿Por qué del parecido formal deducir lazos metabiológicos, especulativos de la cruz a la fecha, que juntan unas especies con otras y todas las funden y confunden en una sucesión general?

Concibe el evolucionismo la naturaleza exclusivamente desde el punto de vista utilitario: las cualidades de las cosas y los seres vivos sirven sólo para subsistir, reproducir la existencia en su caso y, en última instancia, realizar el paso de formas, clases y tipos denominados inferiores a los que se llaman superiores. Pero, ¿cuántas características no se encuentran en los seres naturales que nada tienen que ver con la utilidad y se refieren exclusivamente a una imaginación creadora que varió hasta el infinito sus modelos? Colores y formas tienen a menudo por objeto el mimetizarse o atraer al sexo opuesto; pero también, con no menor frecuencia, no son otra cosa que pura ostentación, ya conseguido el fin utilitario. Lo mismo en los entes inanimados que en plantas y animales existen elementos estéticos inclasificables por su número y su diversidad, insertibles para el objeto del evolucionismo, pero importantísimos si se quiere determinar la peculiaridad de una especie, atisbar la idea que dirigió su formación, admirar la perfección de la obra en su gracia, proporciones, colorido, brillo, movimiento: concebidos tales elementos sólo a modo de juego, deleite y hermosura.

22) En la historia no existe más que un caso de desarrollo y racionalización constantes: el del cristianismo, que partiendo de la revelación primitiva interpreta, hace explícitos, permite entender sucesos, profecías y verdades enigmáticas del Antiguo Testamento (23). En todos los demás campos del saber se muestra la historia como un ciego que desorientado avanza, palpa, retrocede, se detiene, tropieza, cae, se levanta, va titubeando hacia un lado o hacia otro:

*Life's but a walking shadow...
..... it is a tale
told by an idiot, full of sound and fury,
signifying nothing* (24).

¿Por que han de ser excepción a tal regla la geología, la paleontología, la antropología?

Salvo que la razón transforme sus hipótesis en tesis y sus tesis en dogmas, de manera que lo que empezó siendo crítica y hasta hipercrítica, acabe siendo un fundamentalismo racionalista de los más irascible y mazorrall que se pueda concebir. Si de la adhesión al comunismo dejase que era igual que afiliarse a una secta y renunciar a todo criterio personal (25), exactamente lo mismo hay que afirmar de los fieles acrílicos de la razón, acriticismo cuya expresión política y económica no es otra que el liberalismo y sus innumerables mitos.

(23) Cf. MARIO SORIA: «Un libro de Huet: la 'Demonstratio evangelica'», art. publ. en la rev. *Philosophica*, núm. 14 (año de 1991), págs. 131 y sigs.—Dice el gran teólogo ruso Sergio Bulgákov, que los acontecimientos históricos no tienen otro sentido profundo que el que tengan para la vida de la Iglesia («Lo antiguo y lo nuevo», publicado en la revista *El Mensajero Ortodoxo*, núm. 124 [París, 1994-1995], pág. 26).

(24) SHAKESPEARE: *Macbeth*, acto V, esc. 5.

(25) Cf. IGNACIO SILONE: *Ein Gott der keiner war* (Múnich, 1962), págs. 9, 17, 29, etc.; SERGIO BULGÁKOV: «Del marxismo a la sofología», art. publ. en *El Mensajero Ortodoxo*, núm. 98, año de 1985, pág. 89; LADISLAV KOLAROVSKI: «Der Kommunismus als Kulturformation», art. publ. en la revista *Kontinent*, núm. 37 [Bonn, 1986], pág. 17.